

LA CARICIA DE UNA HOJA

Te han desterrado de las ciudades,

no habitas los barrios.

Apareces de soslayo,

como no queriendo estar,

pero conformas el paisaje.

Thercy Arvizu

Los árboles

no los entiendo

pero son bellos y los amo.

Beatriz Pérez Pereda

23 de septiembre de 2016

No identificada

Miedo de habitar el viento y por eso necesitar la rama

Los pájaros beben el sol que resplandece en el agua sucia

del suelo

los pájaros son cuerpos de luz son dueños de los árboles

algunos hombres también pero no conocen el secreto

de la caída

no conoce el dolor de la rama que tiembla y entiende llora tiembla

Elegir un árbol es más fácil que elegir un hombre que elegir una madre

que elegir el nombre de los hijos

porque es otra forma de ser fruto y de eso mi cuerpo entiende

como la rama entiende

un fruto que es la luz hecha no un cuerpo no la luz por sí sola

en sí misma dentro la luz el alimento de las aves la luz nacida de sí

eso es lo que aspiro tal vez ser la luz que también florece

y es flor con un cuello tan delgado

pero sus pétalos dios mío tan gruesos tan pesados

como mis párpados esta noche

Porque los árboles se eligen y la oscuridad los hace generosos

la oscuridad que aprende de nervios y manos abiertas

con el cuerpo de la noche

no me atrevo a decir por qué otros habrán de inventarlo mejor que yo

otros habrán después de mí que callen y sepan por qué que lo hayan dicho

y solo el viento haya escuchado por qué porque sí porque soy yo

la que no cabe en la tierra la que no retoña ni multiplica sus frutos

de mala raíz mala hierba tierra seca compacta podrida

por eso se secaron los geranios mamá por eso los niños lloran

por eso él se fue

miedo de respirar demasiado de agotar el aire

de asomar la cabeza por una rama desde un tallo hacia los pétalos

miedo de la caricia de una hoja sobre mi mejilla entre mis manos

una hoja que tiembla sobre mis párpados al fin cerrados por la mañana

miedo de no ser más la rama de no cargar con mis brazos a mis hijos

miedo de no estar unida a un tronco de corteza áspera como los senos de mi madre

que en paz descanse

que dios la tenga en su santa gloria

ella que nunca sabrá de árboles porque pocas los subimos los elegimos los habitamos

No una ventana ni la regadera tampoco cualquier tubo falaz: un árbol

no un hombre una mujer que apenas y ha sido la soledad de una cicatriz

la cicatriz de las que paren y son paridas envuelta en una cama de hojas

a falta de abrazos y ternura en pieles más suaves aparentemente humanas

pensamos en un árbol cuando hablamos de la familia

porque nunca hemos dormido en medio del follaje de un pirul

un mezquite

no hemos picado los corazones en medio de sus hojas

ni masticado la resina resbalando por su cuerpo

no entiendo a los árboles pero sé que son bellos y por eso los amo

los envidio tal vez

tal vez los honro en secreto les he guardado un culto nocturno

soñé con ser hada con volar lejos de la orilla

con no saber de los hombres con nunca haber sabido del amor

con que volvías y vivíamos al fin en la ciudad

en una casa de dos pisos con jardín

y cochera

para dos autos

como la casa que nunca tuve en un parque en la infancia

como una suma de esfuerzos toscamente esculpidos como nacer otra vez

pero desde fuera como un ave o un fruto

como un automóvil pero más rápido

la caída

ave que vuela a la inversa

fruto que vuelve a la raíz

Si un árbol cae en un bosque y nadie está cerca para oírlo, ¿hace algún sonido?

Sí, llora.

Sí, llora, pide perdón a su madre, a sus hijos, a Dios, a su padre, al vacío, al viento, pide
perdón a la vida, perdón al perdón.

Sí, llora, respira, se agita, se remueve el pelo.

Sí, llora, aúlla.

Se vuelve loba y su aullido hace temblar a los árboles, y los árboles lloran hojas secas,
responden con sombras que abrazan un cuerpo derrotado.

Sí, llora.

Llora hasta que un río se transforma en pupila, se reduce a ojo, se convierte en cuenca.

Sí, llora y puja mientras asciende sobre sí mismo

mientras la frustración apuñala la garganta seca, la nariz irritada y roja,

las mejillas secas donde solo han quedado meandros.

Sí, llora y suspira antes de

caer.

Hubo la hoja que acarició en su caída el pelo de un niño

un bebé atado a la espina de mi pecho

que bebía un líquido blanquecino y no venenoso

leche

Hubo la hoja que acarició en su caída la mano de su madre

así como el tallo toca la raíz con un amor ingrato

Hubo la hoja que acarició en su caída el pubis de un hombre

no el sexo ni los labios

Hubo la hoja que en su caída fue abrazada por otras hojas

que cayeron sobre sus ojos para secar sus lágrimas

y taparon su rostro cuando las patrullas

los periódicos los que no entienden

que los árboles caídos también son el bosque